

mente aquella cabeza. Nada más extraño y sorprendente á la incierta y sombría claridad que allí reinaba, que el aspecto de aquel rostro lívido, inmóvil, pasmado, con los cabellos erizados, los ojos abiertos y fijos y la boca abierta, inclinado hácia la calle en una actitud de curiosidad. Diríase que el que había ya muerto consideraba á los que iban á morir. Un largo rúguero de sangre que se había derramado de aquella cabeza descendía en hilos rojizos desde el ventanillo hasta la altura del primer piso donde se detenía.



LIBRO CATORCE

LAS GRANDEZAS

DE LA DESESPERACION

I

LA BANDERA: PRIMER ACTO

El reloj de Saint-Merry había dado las diez, y aún no se presentaba nadie á hostilizarlos. Enjolras y Combeferre habían ido á sentarse, con la carabina en la mano, junto á la escotadura de la barricada grande, permaneciendo allí en ademan de escuchar, sin hablarse, y procurando darse cuenta hasta del ruido de marcha más sordo y más lejano.

De repente, en medio de esta lúgubre calma, hizose oír una voz clara, jóven, alegre, que parecía venir de la calle

de Saint-Denis, la cual se puso á cantar distintamente, con la música de la antigua canción popular *Au clair de la lune*, esta poesía terminada por una especie de grito semejante al canto del gallo :

Mon nez est en larmes,
Mon ami Bugeaud,
Preť-moi tes gendarmes
Pour leur dire un mot.
En cavote bleue,
La poule au shako,
Voici la banlieue!
Co-cocorico !¹

Al oír esta tonadilla, se dieron un apretón de manos.

— Es Gavroche, dijo Enjolras.

— Nos avisa, dijo Combeferre.

Una carrera precipitada turbó á los pocos instantes aquella calle desierta; distinguióse en la oscuridad un sér más ágil que un clown trepar por encima del ómnibus, y Gavroche saltó en medio de la barricada sofocado y gritando :

— ¡ Aquí están ya ! ¡ Venga mi fusil !

Un estremecimiento eléctrico recorrió toda la barricada, oyéndose por todas partes el movimiento de las manos buscando los fusiles.

— ¿ Quieres tú mi carabina ? dijo Enjolras al gamin.

— Lo que yo quiero es el fusil grande, contestó Gavroche.

Y se apoderó del fusil de Javert.

Dos centinelas se habian replegado y habian entrado casi al mismo tiempo que Gavroche. Era la centinela del extremo de la calle y el vigía de la Petite-Truanderie. El vi-

¹ Mi nariz se deshace en llanto, amigo Bugeaud, préstame tus gendarmes para decirles una palabra. Aquí está la banlieue con su capote azul, y con su gallina en el shako ! ¡ ki-ki-ri-ki !

gía de la callejuela de los Predicadores habia permanecido en su puesto, lo que indicaba que nada venía por el lado de los puentes y de los mercados.

La calle de la Chanvrerie, en la cual sólo se distinguían algunas piedras al reflejo de la luz que se proyectaba sobre la bandera, ofrecía á los insurrectos el aspecto de un gran pórtico negro vagamente abierto al través de una nube de humo.

Cada cual habia ocupado su puesto de combate.

Cuarenta y tres insurrectos, entre ellos Enjolras, Combeferre, Courfeyrac, Bossuet, Joly, Bahorel y Gavroche, se hallaban arrodillados en la grande barricada, con las cabezas á nivel de la cresta de la barrera, y los cañones de los fusiles y de las carabinas asestados sobre las piedras á modo de troneras, atentos, silenciosos, prontos á hacer fuego. Seis, al mando de Feuilly, se habian instalado, con el fusil á la cara, en las ventanas de los dos pisos de Corinto.

Algunos instantes transcurrieron aún, hasta que por fin se hizo oír distintamente un ruido de pasos, medurado, lento, monstruoso, por el lado de Saint-Leu. Este ruido, débil al principio, despues preciso, y por último pesado y sonoro, se iba aproximando pausadamente, sin hacer alto, sin interrupcion, con una continuidad tranquila y terrible. Nada más que esto se oía. Era á la vez el silencio y el ruido de la estatua del Comendador, pero aquel paso de piedra tenía un no sé qué de enorme y de múltiple que despertaba la idea de una muchedumbre al mismo tiempo que la idea de un espectro. Creíase oír la marcha de la espantosa estatua Legión. Aquel paso se fué aproximando; se acercó aún más, y se detuvo. Pareció que se oía en el extremo de la calle el hálito de muchos hombres. Sin embargo, nada se veía, distinguiéndose únicamente allá en el fondo, en medio de aquella densa oscuridad, una

multitud de hilos metálicos, finos como agujas y casi imperceptibles, que se agitaban sin cesar, semejantes á esas indescriptibles redecillas fosfóricas que á veces percibimos en el momento de acometernos el sueño, bajo los párpados cerrados, en los primeros vapores que nos excitan á dormir. Eran las bayonetas y los cañones de fusil confusamente alumbrados por el reflejo del hacha de viento que ardía en la barricada.

Siguióse todavía una pausa, como si se esperase por ambas partes. De improviso, salió del fondo de aquella sombra una voz tanto más siniestra cuanto que no se veía á nadie, y parecía que era la misma oscuridad la que hablaba, gritando :

— ¿ Quién vive ?

Al mismo tiempo se oyó el fragor de los fusiles que se ponían en movimiento.

Enjolras contestó con un acento vibrante y altivo :

— ¡ Revolución francesa !

— ¡ Fuego ! gritó la voz.

Y en el instante mismo, un relámpago iluminó todas las fachadas de la calle, como si la puerta de una hornaza de fragua se abriera y se cerrara bruscamente.

Una espantosa detonación estalló sobre la barricada. La bandera roja cayó. La descarga había sido tan violenta y tan densa, que cortó el asta, es decir, la punta misma de la lanza del ómnibus. Várias balas que habían rebotado en las cornisas de las casas penetraron en la barricada é hirieron á algunos hombres.

La impresion de esta primera descarga fué una impresion glacial aunque de fuego. El ataque fué rudo, y á propósito para hacer cavilar á los más osados. Era evidente que tenían que habérselas, por lo ménos, con un regimiento completo.

— Camaradas, exclamó Courfeyrac, no desperdiciemos

la pólvora. Esperemos, para responder á su descarga, á que hayan penetrado en la calle.

— ¡ Y, ante todo, anadió Enjolras, levantemos del suelo la bandera !

Recogió él la bandera, que había caído precisamente á sus piés.

Entre tanto se oía allá fuera el choque de las baquetas que los soldados introducían en los fusiles : la tropa volvía á cargar sus armas.

Enjolras dijo entónces :

— ¿ Quién es aquí el que tiene corazón ? ¿ Quién es el que va á restablecer la bandera sobre la barricada ?

Nadie respondió una palabra. Subir á la barricada en el momento en que, sin la menor duda, era ella de nuevo el blanco contra el cual se hallaban encarados los fusiles de la tropa, era buscar de un modo seguro la muerte. El más valiente vacilaba al tratarse de un acto que equivalía á condenarse á la última pena y á ejecutarse en aquel mismo instante ; hasta Enjolras experimentaba cierto estremecimiento de horror. Y repitió :

— ¡ Nadie por fin se presenta ?

II

BANDERA: SEGUNDO ACTO

Desde que habian llegado á Corinto y habian comenzado á construir la barricada, nadie habia vuelto allí á fijar su atencion en el tío Mabeuf. Y sin embargo, el tío Mabeuf no habia abandonado el grupo. Habia entrado en la sala baja de la taberna y se habia sentado detras del mostrador. Allí se habia él, por decirlo así, anonadado en sí mismo. Parecía que ya no miraba y que no pensaba tampoco. Courfeyrac y otros se habian acercado á él dos ó tres veces, advirtiéndole del peligro, y aconsejándole que se retirase, sin que pareciese que él les diese oídos siquiera. Cuando nadie le hablaba, notábase que él removía sus labios, como si contestara á alguien; y desde el momento en que le dirigian la palabra, sus labios aparecian inmóviles y sus ojos no se mostraban ya vivos. Algunas horas ántes de que atacaran las tropas la barricada, habia él tomado una actitud ó pos-

tura que no habia vuelto á abandonar ya, los dos puños sobre sus rodillas y la cabeza inclinada hácia adelante, como si estuviera mirando á un precipicio. Nada habia podido arrar carle á esta actitud; no parecia que su espíritu estuviese en la barricada. Cuando todos se habian ido á ocupar su puesto de combate, no habia quedado ya en la sala baja nadie más que Javert atado al poste, un insurrecto con el sable desenvainado velando sobre Javert, y el tío Mabeuf. En el momento del ataque, al oirse la detonacion, el sacudimiento físico le habia conmovido y como despertado de su letargo; se habia levantado bruscamente, habia atravesado la sala, y en el instante en que Enjolras repitió su llamamiento: — ¿Nadie se presenta? vióse al viejo aparecer en el umbral de la taberna.

Su presencia produjo una especie de conmocion en los grupos, elevándose un grito que decia:

— ¡Es el votante! ¡es el convencional! ¡es el representante del pueblo!

Es probable que él no oia nada.

Se fué marchando paso á paso, derecho hácia donde estaba Enjolras; los sublevados se apartaban al llegar él, dejándole pasar con un respeto religioso; arrancó la bandera de las manos de Enjolras, que retrocedió petrificado, y en seguida, sin que nadie se atreviera á detenerle, ni á ayudarle, aquel anciano de ochenta años, con la cabeza bamboleando y el pié firme, empezó á subir lentamente la escalera de adoquines construida en la barricada. Era este acto tan sombrío, tan imponente y tan grande, que todos al rededor de él gritaron con voz unánime: ¡Quitarse el sombrero! Á cada escalon que subia, era un movimiento pavoroso, sus canas venerables, su rostro macilento y decrepito, su ancha frente, calva y arrugada, sus ojos hundidos, su boca abierta y como pasmada, su frágil y vetusto brazo levantando por alto

la bandera roja, se destacaban de la sombra y se engrandecían en la sangrienta claridad del hacha encendida; diríase que aparecía allí visible el espectro de 93, saliendo del seno de la tierra, empuñando en su mano la bandera del terror.

Cuando hubo llegado á la cima de la última grada, cuando aquella aparición fantástica, temblorosa y terrible, de pié sobre aquel montón de escombros, frente á mil doscientos fusiles invisibles, se enderezó en presencia de la muerte y como si fuera más fuerte que ella, toda la barricada proyectó en el fondo de las tinieblas una figura sobrenatural y colosal.

Hubo entónces uno de esos silencios que sólo se hacen en derredor de los prodigios.

En medio de este silencio solemne, el viejo agitó al viento la bandera roja y gritó :

— ¡Viva la revolucion! ¡viva la república! ¡fraternidad! ¡igualdad! ¡y la muerte!

Oyóse de la barricada un cuchicheo bajo y rápido, semejante al murmullo de un sacerdote que despacha con premura alguna oracion. Probablemente era el comisario de policia que estaba haciendo las intimaciones legales en el otro extremo de la calle.

En seguida, la misma voz sonora que ántes habia gritado : ¿Quién vive? gritó de nuevo :

— ¡Retiraos!

El señor Mabeuf, lívido, con semblante torvo y huraño y las pupilas encendidas con las llamas del delirio y del extravío, alzó la bandera por encima de su frente y repitió :

— ¡Viva la república!

— ¡Fuego! dijo la voz.

Y una segunda descarga, que parecia ser de metralla, cayó sobre la barricada.

El anciano vaciló, doblegándose sobre sus rodillas

después volvió á levantarse, dejó escapar la bandera y cayó él hácia atrás, de espaldas sobre el empedrado, como una tabla. en toda la longitud de su cuerpo, y con los brazos en cruz.

Arroyos de sangre corrieron bajo su cuerpo. Su anciana cabeza, pálida y triste, parecia mirar al cielo.

Una de esas emociones superiores al hombre, que hacen hasta que olvide uno su propia defensa, embargó el ánimo de los insurrectos en aquel momento solemne; y todos ellos se acercaron al cadáver, poseídos de un espanto respetuoso.

— ¡Qué temple de alma! ¡qué hombres son estos regicidas! dijo Enjolras.

Courfeyrac se inclinó al oído de Enjolras y le dijo :

— Sea esto dicho entre los dos, pues yo no quiero disminuir el entusiasmo de la gente, pero distaba él mucho de ser un regicida. Yo le conocia : se llamaba el tío Mabeuf. No sé lo que él tenia hoy, pero era un buen hombre, un pobre simplon. Mira si no su cabeza.

— Cabeza de un pobre simplon, pero con el corazón de Bruto, respondió Enjolras.

Después levantó la voz y dijo :

¡Ciudadanos! Ved aquí el ejemplo que los ancianos dan á los jóvenes. ¡Nosotros titubeábamos, él vino en seguida sin vacilar! ¡nosotros retrocedíamos, él se adelantó! Hé aquí lo que los que tiemblan de vejez enseñan á los que tiemblan de miedo. Este abuelo es un sér augusto ante la patria. Ha tenido una larga vida y una muerte magnífica! Protejamos ahora su cadáver; que cada uno de nosotros defienda á este anciano muerto como defenderia á su padre vivo, y que supresencia en medio de nosotros haga esta barricada incontestable!

Un triste y enérgico rumor de adhesion siguió á estas palabras.

Enjolras se inclinó, levantó la cabeza del anciano, y con semblante austero y conmovido, le besó la frente en seguida, separándole los brazos, y manejando á aquel muerto con las más tiernas precauciones, como si temiera causarle daño, le quitó su frac, y mostrando á los circunstantes los agujeros ensangrentados, dijo :

— Hé aquí ahora nuestra bandera.

III

MÁS HABRÍA VALIDO Á GAVROCHE ACEPTAR CARABINA DE ENJOLRAS

Echaron sobre el tío Mabeuf un grande pañuelo negro de la viuda Hucheloup. Seis hombres hicieron con sus fusiles unas parihuelas, pusieron en ellas el cadáver, y le condujeron, llevando las cabezas descubiertas, con una lentitud solemne, á depositarle sobre la mesa grande de la sala baja.

Aquellos hombres, consagrados enteramente á la grave y sagrada funcion que estaban ejecutando, no pensaban ya en la situacion peligrosa en que se hallaban.

Cuando pasó el cadáver cerca de Javert siempre impasible, Enjolras dijo al espion :

— ¡Tú! en seguida.

Entre tanto el niño Gavroche, que era el único que no bía abandonado su puesto, habiendo quedado en ob-

servacion, creyó ver á unos hombres acercarse á paso de lobo á la barricada; y de repente gritó :

— ¡Corriendo! ¡á la barricada!

Courfeyrac, Enjolras, Juan Prouvaire, Combeferre, Joly, Bahorel y Bossuet salieron todos tumultuariamente de la taberna. Ya casi no era tiempo. Distinguíase una chispeante espesura de bayonetas ondeando encima de la barricada. Varios guardias municipales de elevada talla penetraban, los unos trepando por el ómnibus, los otros atravesando la escotadura junto á la pared, empujando hácia adelante al gamin, el cual iba retrocediendo pero sin huir.

El momento era crítico. Era aquel primer instante formidable de la inundacion, cuando el rio se sale de madre rebasando el nivel de la calzada y el agua empieza á infiltrarse por las fisuras del dique. Un segundo más, y la barricada estaba en poder de los soldados.

Bahorel se lanzó sobre el primer guardia municipal que entraba, y le mató disparándole á boca de jarro con su carabina; el segundo mató á Bahorel de un bayonetazo. Otro habia ya derribado á Courfeyrac que gritaba : ¡Venid en mi auxilio! El más alto de todos, una especie de coloso, se dirigia contra Gavroche asestándole la bayoneta. El gamin encaró, con sus brazos diminutos, el enorme fusil de Javert, apuntó resueltamente al gigante, y tiró del gatillo. Pero no salió el tiro. Javert no habia cargado su fusil. El guardia municipal se echó á reir á carcajadas y dirigió de nuevo la bayoneta contra el niño.

Antes que la bayoneta hubiese tocado á Gavroche, el fusil escapa de las manos del soldado; una bala habia herido al guardia municipal en mitad de la frente, y le hizo caer de espaldas. Una segunda bala hirió en mitad del pecho al otro guardia que habia acometido á Courfeyrac, y le dejó tendido en el suelo.

Era Marius que acababa de entrar en la barricada

IV

EL BARRIL DE PÓLVORA

Oculto siempre en el recodo de la calle de Mondétour, Marius habia asistido como espectador á la primera fase del combate, irresoluto y tembloroso. Sin embargo, no habia podido él resisir por mucho tiempo á aquel vértigo misterioso y soberano que se pudiera llamar el llamamiento del abismo, Ante la inminencia del peligro, ante la muerte del señor Mabeuf, aquel fúnebre enigma, en presencia del cadáver de Bahorel, al oír á Courfeyrac gritando : ¡Socorro! ¡venid en mi auxilio! en vista de aquel niño amenazado, y de sus amigos que necesitaban auxilio ó venganza, toda vacilacion se habia desvanecido en su espíritu, y se habia lanzado en medio de la refriega con sus dos pistolas en la mano. Del primer tiro habia él salvado á Gavroche, y del segundo habia libertado á Courfeyrac.

Al ruido de los disparos, á los gritos de los guardias

municipales heridos, los acometedores habian trepado á lo alto de la trinchera, sobre cuya cima se veían ahora, mostrándose más de á medio cuerpo, y en la mayor confusion, varios guardias municipales, soldados de línea y guardias nacionales de las afueras de Paris, con el fusil empuñado. Más de las dos terceras partes de la barrera cubrian ellos ya, pero sin atreverse á saltar al recinto interior, como si vacilasen, por temor de caer en alguna emboscada. Miraban ellos en la barricada oscura como se miraria en una guarida de leones. El resplandor del hacha sólo alumbraba las bayonetas, las gorras de pelo y la parte superior de aquellos rostros inquietos é irritados.

Marius no tenía ya armas, habiendo arrojado al suelo sus pistolas descargadas, pero habia visto el barril de pólvora en la sala baja, junto á la puerta.

Cuando se hallaba medio vuelto, mirando hácia aquel lado, un soldado le apuntó con su fusil. En el momento en que el soldado apuntaba á Marius, una mano vino á colocarse en la punta del cañon, tapándole enteramente. Un individuo se habia lanzado precipitadamente á ejecutar este acto. Este individuo no era otro que el jóven obrero con pantalon de pana. El tiro partió, atravesó la mano que cerraba el cañon del fusil, y tal vez atravesó tambien al obrero, que cayó en tierra, pero la bala no tocó á Marius. Todo esto sucedia en medio del humo, y era más bien entrevisto que visto. Marius, que en aquel momento entraba en la sala baja, apenas se apercibió de lo que pasaba. Sin embargo, habia él visto confusamente aquel cañon de fusil dirigido contra él y aquella mano que le habia tapado y tambien habia oído el tiro. Pero en momentos como aquellos, las cosas que se ven vacilany se precipitan, sin que uno fije su atencion en nada. Siéntese oscuramente impelido hácia mayor sombra aún, y todo se convierte en nubes.

Sorprendidos, pero no asustados, los insurrectos se habian rehecho y reunido, estrechándose más y más entre sí. Enjolras habia gritado: ¡ Esperad! ¡ no disparéis á la ventura! Con efecto, en la primera confusion, podian herirse unos á otros. La mayor parte de ellos se habian subido á la ventana del primer piso y á las boardillas, desde donde dominaban á los acometedores. Los más determinados, con Enjolras, Courfeyrac, Juan Prouvaire y Combeferre, se habian respaldado arrogantemente en las casas del fondo, á pecho descubierto, y haciendo rostro firme á las filas de soldados y de guardias que coronaban la barricada.

Todo esto se llevó á cabo sin precipitacion, con esa gravedad extraña y amenazadora que precede á los combates. Por ambas partes se apuntaban recíprocamente, á quema ropa, hallándose tan cerca unos de otros, que se podían hablar entre sí. Cuando se hallaron en el punto crítico en que va á saltar la chispa, un oficial con su gola de faccion y gruesas charreteras levantó la espada y dijo:

— ¡ Rendid las armas!

— ¡ Fuego! gritó Enjolras.

Las dos detonaciones partieron al mismo tiempo, y todo desapareció en el humo.

Humo acre, sufocante, mortífero, en medio del cual se removian, con gemidos débiles y sordos, los moribundos y los heridos.

Luégo que el humo se disipó, viéronse en ambos lados los combatientes, aclarados, pero siempre en sus mismos puestos, cargando de nuevo las armas en el mayor silencio.

De improviso hizose oír una voz de trueno que gritó:

— ¡ Marchaos de ahí, ó hago volar la barricada!

Todos se volvieron hácia el lado de donde venía aquella voz.

Marius habia entrado en la sala baja, y habia tomado